Por un saber ensayístico o contra el rígido academicismo

For an essayist knowledge or against rigid academicism

DOR: 10.15213/redes.n10.p237

ANTONIO FERNÁNDEZ VICENTE

ABSTRACT

This essay tries to own up the essayistic form as a strong source of knowledge. Indeed, it's a kind of "genre" whose tentative quality and reflections' errancy might be seen as the right form in order to presenting complex realities. In this sense, the essay, by contrast with the rigid schemes in scientific academicism, is not subjected to any formal or methodological pattern. Actually, it's a critical view by its own form against the hegemonic rules; that is, a different perspective of the world as each discipline and method involve his own cosmivision. As a knowledge form undefinable and even anarchic in its propaedeutics, I adopt the essayistic point of view non detachable of the content I would like to express.

KEYWORDS: ESSAY, PHILOSOPHY OF SCIENCE, THEORY OF KNOWLEDGE, ACADEMICISM, CRITICS

RESUMEN

El ensayo trata de poner en valor la propia forma ensayística como fuente cabal de conocimiento. Se trata de un "género" que por sus cualidades tentativas y la errancia de sus reflexiones es apropiado para abordar realidades complejas. En este sentido, el ensayo contrasta con las rigideces y esquemas del academicismo científico por el que la investigación se somete a unos cuantos patrones formales y metodológicos. Supone una crítica en su forma a las normas hegemónicas; una visión diferente del mundo tal y como cada disciplina y método implica su propia cosmovisión. Siendo como es indefinible y anárquico en sus presupuestos propedéuticos, adopto la forma ensayística

que es al tiempo indisoluble del contenido que deseo expresar. Por esta razón, deliberadamente he incumplido las normas de envío de originales en lo que a citación y epígrafes se refiere, como parte del experimento ensayístico.

PALABRAS CLAVE: ENSAYO, FILOSOFÍA DE LA CIENCIA; TEORÍA DEL CONOCIMIENTO; ACADEMICISMO; CRÍTICA

"Imaginar un lenguaje significa imaginar una forma de vida".

— Ludwig Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*.

"La ciencia es en primer lugar conocimiento, pero la ciencia como conocimiento es desplazada a segundo término por la ciencia como poder manipulador".

— Bertrand Russell, *El panorama de la ciencia*.

Imagine el lector que alguno de los célebres artículos ensayísticos que han sido escritos por los más excelsos pensadores fuesen sometidos a evaluación en alguna de las revistas académicas de mayor impacto. Reflexione acerca de si sería o no admitido el ensayo sobre "La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica", de Walter Benjamin, que tantas sugerencias ha alimentado en investigaciones posteriores. El *Umweg* — rodeo — benjaminiano no se pliega, sin duda, a la lógica utilitarista de ir-al-grano en una época como la nuestra de capitalización del tiempo de estudio. ¿Superaría los criterios formales mínimos? ¿Sería rechazado, sencillamente, por carecer de un método empírico que refute sus argumentos? ¿Se echaría en falta la remisión continua a autoridades académicas, las citas a decenas de autores — sobre todo contemporáneos — para legitimar afirmaciones en algunos casos de sentido común? Pero ese *bon sens* no es siempre tan evidente y hacen falta iluminaciones para percatarnos de lo que, por habitual y acostumbrado, pasa desapercibido, como en los ensayos sobre la vida cotidiana de Henri Lefebvre o Michel de Certeau.

El sociólogo Michel Maffesoli, teórico de la postmodernidad, ha advertido con notable lucidez cómo es preciso rebasar los dogmas epistemológicos de la modernidad, esos “principios de realidad” que reducen “lo real” a sus más simples expresiones, conforme a la fórmula sintética comtiana *reductio ad unum*. En su *Homo eroticus* incluso llega a afirmar que las quimeras del orden racionalistas esconden lo que es en favor de lo que “debería ser”. Y para llegar a un saber aproximado de lo que es, de esas vertientes emocionales y podríamos decir tribales de nuestra época, habría que sondear la superficie, lo cotidiano. Paul Valéry escribía: en *L'idée fixe*: “Ce qu'il y a de plus profond en l'homme, c'est la peau”. Desentrañar lo que Georges Perec llamó *l'infraordinaire* o hacer de cada objeto un enigma, como en la divisa de Giorgio de Chirico “quod amabo nisi quod aenigma est”.

Las reglas del lenguaje académico prescriben una forma de entender el mundo y prohíben otras. Es una forma de violencia simbólica en el sentido que le daba Pierre Bourdieu: inscribe la jerga academicista una determinada visión del mundo que nos violenta mentalmente en tanto refractaria a la desviación. Es un lenguaje ideal que permanece ciego a los aspectos que no cuadran bien con sus rigores positivistas.

Aprendemos de otro gran ensayista, Lewis Mumford en sus *Technics and Civilization* que lo que las ciencias físicas llaman mundo “no es el objeto total de la común experiencia humana: es sólo aquellos aspectos de esta experiencia que se prestan a sí mismos a una observación precisa de los hechos y a afirmaciones generalizadas”. Y de ahí pasamos a tratar los hechos sociales, en Durkheim, como hechos naturales, físicos. De ahí, por ejemplo, el antecedente de la estadística actual en la aritmética política de William Petty, acusada en su época de cribar las libertades de los individuos.

Pero quizás sea a través de este *Umweg* como podamos alcanzar un sentido más pleno de cómo son las cosas y cómo nos comunicamos. ¿No es éste el rodeo, la corrección sobre la corrección que Bertrand Russell asociaba a la perspectiva científica? ¿No sería la forma ensayística el paradigma de la observación e interpretación científicas? ¿Tendría cabida en el sistema de producción científica un ensayo como el “Elogio de la ociosidad”?

I

En “El ensayo como forma”, Theodor Adorno daba por descontado en 1958 el descrédito del ensayo en tanto “producto mestizo”. Y antes que él, en 1910, el joven Lukács señalaba cómo el ensayo no había podido emprender el camino hacia su autonomía tal y como lo hizo su hermana la poesía. En los ambientes

académicos, tildar un escrito de “ensayo” contiene una ambivalencia quizás hipócrita y sibilina. Por una parte, sirve como elogio a una serie de ocurrencias más o menos disparatadas, más o menos arabescas. Y al mismo tiempo, desde una atalaya de superioridad científica y canónica, se rebaja al ensayo y a su *écrivain* a la categoría marginal de los escritos y autores poco o nada fundamentados. La mirada al ensayo se efectúa en el entorno académico de arriba abajo, en soberbio picado. Quizás lo que moleste sea ese parentesco con la *poiesis*, con la variación de la creatividad fuera de los cánones académicos.

Dicho de otra manera, desde los estamentos universitarios no se considera el ensayo como una forma que genere conocimiento. Se asocia a lo irracional, como el arte; a lo impuro y carente por completo de una organización formal que le dé consistencia en sus argumentos y premisas. Si fuese uno de los detractores de este tipo de saber, le acusaría de falta de rigurosidad en tanto no se atiene a la tozudez de los hechos comprobables, contrastables. Un ensayo no es “serio” para un académico de la actual escolástica y, como tal, se toma a broma. Es una *boutade* como lo podría ser éste. No hay en él tablas explicativas, relaciones interminables de casos que refrenden una hipótesis, una teoría, que apunten un sistema conceptual. No es ciencia porque no constata nada fijo. Lo único que subraya es su propia indefinición. No es operativo y al no asentar ideas firmes, no puede traducirse en rector cabal de decisiones, ya sean políticas, económicas o meramente individuales.

¿Alguien imagina que los gobiernos de turno tomen como principio racional de sus decisiones un ensayo en lugar de rigurosos tratados de economía, legitimados por una metodología sistemática consolidada? ¿Cómo podrá competir en el Mercado de la Atención un simple ensayo sobre la crisis del modelo civilizatorio con las elucubraciones científicas de Carmen Reinhart y Kenneth Rogoff en su obra *Grow in a time of debt*? Un ensayo contra el austericidio siempre será sólo eso: una tentativa, un punto de vista relativo frente a la doctrina de las cifras y los cálculos estadísticos, la magia parlante para Robert Park. Aunque, como se ha demostrado, tal estudio tuviese apariencia de veracidad y fondo de tergiversación torticera.

Si el ensayo queda fuera del campo de las ciencias, de la explicación de fenómenos sociales y, en nuestro caso, comunicativos si es que no estamos tratando del mismo asunto — todo fenómeno social es comunicativo y viceversa — quizás sea por la pretensión de universalidad y la instrumentalización del saber. Por una parte, la metodología rigurosa reafirma el carácter doctrinario e incluso totalitario de las teorías científicas. Aplicadas a las ciencias de la comunicación, a partir de estudios de caso, de observaciones de

patrones y regularidades, se tiene la sensación de ser capaz de anticipar comportamientos, tendencias. Previsión y control que se emparentan indefectiblemente con la utilización del conocimiento científico como herramienta de poder de aquellos que monopolizan el saber, como ha explicado Armand Mattelart de modo genealógico en su *Histoire de la société de l'information*.

II

Para averiguar de dónde nace la inquina académica hacia el ensayo habría que acometer una tarea casi imposible: definir lo indefinible. El ensayo sería difuso, indecible en tanto es este mismo paisaje nebuloso el que se desprecia. Decía Adorno que el ensayo se rechazaba en Alemania porque exhortaba a la libertad de espíritu. La libertad espontánea de escribir tal y como se habla al primero que uno se encuentra en la calle, como admitía Montaigne.

La voz “ensayo”, *essai* nos remite directamente a esta gran figura de las artes literarias: Michel de Montaigne. Un *homme de lettres*. En el célebre ensayo *De Demócrito y Heráclito*, leemos que intenta ejercitar el juicio y reconoce al mismo tiempo sus propios límites: “Si se trata de una materia que no entiendo, con mayor razón empleo en ella mi discernimiento, sondeando el vado de muy lejos; luego, si lo encuentro demasiado profundo para mi estatura, me detengo en la orilla”.

Este detenerse en la orilla de Montaigne, la conciencia de los límites de uno mismo y del propio saber resulta uno de los matices del ensayo insoportables para el melindre científicista académico. Una y otra vez en los manuales canónicos de metodología en ciencias sociales se insiste en que la observación y la interpretación han de revestir la forma impersonal. Quizás porque así, haciendo desaparecer a la persona que observa y discurre, sustituyéndola por una suerte de sentido de la objetividad, trascendemos los límites del saber humano. Dejamos a las cosas que hablen ellas mismas y reificamos al autor, que no es más que el resorte que pone en marcha la máquina metodológica. Y es aquí donde el ensayo, como género — si se le puede llamar así — inherente a la modernidad, irrumpe con la reivindicación del individuo cognoscente, del punto de vista, de la perspectiva plural a partir de un punto privilegiado. En el ensayo, el texto privilegia una cosmovisión y los objetos, tan alejados y distantes en el tratado académico, devienen formas: se procede a la unión de lo exterior y lo interior. Así lo expresaba Lukács en la famosa carta a Leo Popper “sobre la esencia y la forma del ensayo”: “El ensayista debe acordarse de sí mismo, encontrarse y construir algo propio a partir de sí”. Y el academicismo, por contra, insta al olvido de sí.

III

El ensayo se caracteriza por la libertad formal asistemática. Al igual que si indagamos en cada uno de nosotros, encontraremos divergencias, diferencias que nos singularizan como seres plurales, poliédricos, cada ensayo reflejará la personalidad de su autor. Ciertamente es que resulta infinitamente más cómodo recurrir a estilos estandarizados, a modelos de investigación ya consolidados por los que el autómatas que realiza la *enquête* únicamente ha de seguir el manual de instrucciones. Uno siente miedo cuando ha de enfrentarse a los abismos de la libertad. Es lo que le ocurría a Roquentin en *La nausée* sartreana. Miedo a la libertad y ansia, nostalgia de sistema. Ordenar en clasificaciones. Rellenar categorías. Acumular cientos de indicadores según una metodología analítica minuciosa. Antonio Gramsci sostenía que debido al miedo al desorden, al caos, aceptamos como inmutable un determinado orden sin posibilidad de transformarlo: “El orden actual se presenta como algo armónicamente coordinado, establemente coordinado, y la muchedumbre de ciudadanos vacila y se asusta en la incertidumbre ante lo que podría aportar un cambio radical”. Cambiemos ciudadanos por investigadores.

Se diría que los métodos de investigación, las plantillas de análisis y el racionalismo algorítmico se inventaron para ahorrar el esfuerzo de pensar a los investigadores. Entendimiento automático que es oxímoron al mismo tiempo. Se trata de comprender que la ciencia organizada, al igual que la cultura administrada, supone un orden represivo que encierra al escritor en la “disciplina de la servidumbre académica” — parafraseo a Adorno: “La libertad intelectual misma se hace servil, acepta gustosa la necesidad socialmente preformada de la clientela”. No obedecer a las reglas establecidas en la investigación implica defraudar a la clientela. A los lectores que esperan leer siempre los mismos artículos, las mismas investigaciones en lo formal. A los evaluadores de agencias estatales, de revistas científicas que anhelan la confirmación de sus presupuestos metodológicos antes que su subversión.

Casi se podría inventar un *software* por el que, introduciendo algunos datos esenciales, se produjera conocimiento científico según un método en boga, en serie o a la carta, personalizado. Si analizamos los criterios de evaluación de publicaciones científicas, es fácil amoldarse a lo que se requiere, remedar la forma estándar de otras investigaciones publicadas y obtener la ansiada gratificación de ver publicado un escrito sin alma; una mera colección de datos y relaciones mostrados en plural mayestático.

Sin embargo, el cuidado del estilo en el ensayo supera y contradice la endémica separación positivista de forma y contenido. Para la jerga científica, las ideas han de exponerse con la mayor de las neutralidades. La norma es la inexpresividad, la presentación del tema sin mayores arabescos ni añadidos. De hecho, Adorno solía incidir en la alergia a las formas por parte del espíritu científico, que no serían más que “abortos del rencor”.

IV

Con respecto al autor, el ensayo lo sitúa en el primer plano de la escena. No hay manera alguna de esconderse tras una metodología aséptica. No puede convertirse en mera función de un sistema mecanizado. ¿Y el lector? ¿Qué exige el ensayo del receptor de esas ideas, de esas interpretaciones que se construyen no tanto a partir del objeto de estudio como del observador? Del mismo modo que el ensayo rechaza de plano la remisión a recetas y a algoritmos de escritura, el lector también habrá de vérselas con estructuras formales desacostumbradas, así como con temas insólitos y con una variedad infinita de aproximaciones a los distintos prismas que ofrece el ensayo.

Un buen ensayo requiere tanto creatividad en la escritura como en la lectura. Es un doble esfuerzo. Las frases hechas, las jergas por las que desaparece la sorpresa y el misterio de lo que se va a leer componen malos ensayos. Para Adorno, el buen ensayo exige fantasía subjetiva en ambos casos. Como lo exige el cine de autor frente a los films comerciales sometidos a las leyes del género, a las expectativas cumplidas. Quizás el ensayo sea únicamente la oportunidad para el doble sentido, para una lectura ulterior por la que el propio lector interprete o, mejor aún, malinterprete al autor. He aquí la noción de variación en los modos de crear, de pensar de otro de los ensayistas fundamentales, Harold Bloom, en su *Anxiety of Influence*. No lo da todo hecho y no hace del espectador-lector un ente pasivo acomodado.

Por ello, se trata de un género a medio camino entre la ciencia y el arte. Intenta expresar lo inexpresable y por esta razón siempre ha de comprenderse como la invitación a pensar. El ensayo sugiere. Es precursor de ideas antes que fijar de modo indeleble creencias incuestionables. El carácter incompleto del ensayo remeda al viajero que, sin guía turística, se adentra en los territorios desconocidos sin marcos semánticos que interpreten por él lo que observa. Éste es el viajero imposible del que trataba Marc Augé en uno de sus ensayos. El ensayo se articula siempre como errancia, quizás como “vagabundeo del significado”, conforme a la expresión de Harold Bloom.

En cierto sentido, el ensayo es el equivalente cognitivo a los juegos infantiles. Como niños, jugamos en la superficie de las cosas a relacionar entre sí, a nuestro capricho, materiales de origen muy diverso. Quizás emerjan asociaciones inesperadas, patafísicas. Y a partir de esta exploración, seremos capaces como urgía Benjamin de “captar exactamente lo que está sucediendo en el lapso de un segundo”, cosa más decisiva sin duda que “conocer con antelación futuros remotísimos”.

El investigador imposible sería aquel que antes de acometer cualquier pesquisa, vive obsesionado por el rigor científico que aporte la metodología científica en boga. Quiere sentir la seguridad ontológica del manual de instrucciones, del camino ya transitado y cartografiado. Es un consentidor que se somete a las leyes de la costumbre científica sin saber, acaso, que en el propio concepto de ciencia se halla la conculcación de los presupuestos ya dados, los giros copernicanos que hacen conmovirse hasta las teorías y métodos más sólidamente sedimentados. El ensayo es la forma del disentimiento, como el desarrollo científico se fundamenta en la crítica dialéctica de las teorías *taken for granted*.

V

El ensayo es el “método asistemático” del fragmento, de lo pequeño. En su libertad formal no caben totalitarismos donde cada elemento esté supeditado a la lógica de una teoría unitaria. “El ensayo — precisa Lukács — puede contraponer tranquila y orgullosamente su fragmentariedad a las pequeñas perfecciones de la actitud científica”. Se ocupa de destacar objetos entre el mundo de los objetos, les da forma y subraya, con Lukács, la “eterna pequeñez de más profundo trabajo mental”.

En lugar de escoger un *corpus* analítico pantagruélico, el ensayo prefiere diseccionar un sólo elemento, una cosa, un hecho, un acontecimiento en apariencia mínimo e insignificante. Y a partir de ahí, “en ocasión de...” como advierte Lukács, revela su idea en ese lento y sinuoso ir-hasta-el-final. El proceder del ensayo es concéntrico: se lanza una pregunta y, a continuación, se profundiza de tal forma que se van enlazando ideas tangenciales incardinadas en la unidad de la pregunta originaria. Hay que subrayar que el más grande de los ensayistas para Lukács, Platón, se dedicaba en síntesis a “anudar preguntas”. ¿Quién imagina que en una publicación científica se acepte un *paper* estructurado conforme a la dialógica socrática?

Lo que es fuente de conocimiento para Platón, o en el *Eupalinos* de Paul Valéry, es mera palabrería para los académicos. Y cómo no admitir la

influencia del diálogo entre Theuth y Thamus acerca de la memoria y la invención de la escritura en el Fedro platónico. De ahí surgieron otras preguntas ensayísticas en Havelock y Walter Ong; incluso en la literatura fragmentada de uno de los padres de las ciencias de la comunicación, McLuhan. O esas formas simbólicas matemáticas que hacen de la arquitectura, en el citado diálogo de Valéry, un lenguaje de puro conocimiento que encierra al hombre en el hombre, junto a la música. Estas citas no tendrían en un *paper* científico más que un valor accesorio, superfluo y lateral al núcleo de la investigación formado por datos, cifras y juegos malabares con los cálculos quizás estadísticos.

Es en este sentido como hay que comprender que la elección del ensayo conforma un posicionamiento acerca del modo de concebir los fenómenos. En lugar de esgrimir una teoría, a modo deductivo, para posteriormente adecuar los hechos a los presupuestos que hemos expuesto como si de un lecho de Procusto se tratase, el ensayo reconoce su propia imperfección. Asimila la congénita complejidad de los hechos sociales, que como afirma Bruno Latour, no se dan de una vez por todas, sino que se van haciendo y deshaciendo. Son dinámicos. Inaferrables. Inasibles por teoría alguna. “El ensayo — nos aclara el filósofo Francisco Jarauta — piensa su objeto como descentrado, hipotético, regido por una lógica borrosa, indeterminada; su discurso es siempre aproximación”.

Ocurre de modo análogo a la concepción de la persona en uno de los grandes ensayistas de la sociología, George Simmel. Solamente podemos conocer algunas vertientes de la persona. Pero el conocimiento completo y minucioso es, en esencia, inalcanzable. Pero el dogma científico no tolera la diversidad y la diferencia. Es refractario al politeísmo ontológico.

Pongamos ensayos de gran sutileza como “Las grandes ciudades y la vida del espíritu”, “El extranjero”, “El secreto” o “El conflicto”. La observación e intuición del autor no proviene de estudios rigurosamente fundamentados en clasificaciones, categorías de análisis o plantillas donde hayan de rellenarse campos que encasillen a cada uno de los individuos. Se diría que surgen de la voluntad de interpretar tendencias que, por otra parte, una vez leídas en el ensayo, aparecen como lógicas, evidentes por sí mismas.

Pero el carácter de las ideas contenidas en el ensayo no es totalitario. No se presenta un sistema más o menos cerrado en el que cada elemento haya de cumplir su función en el todo que hemos concebido. El dogma científico se obstina en poner orden donde no lo hay. Violenta la realidad por medio de sus trasuntos científicamente contruidos. Esto forma parte del proceso de abstracción científica, que procede del ansia de clasificación entre cuyos

pioneros podríamos nombrar a Linneo en las ciencias naturales y, en lo que nos toca en las ciencias sociales, al matemático belga Adolphe de Quételet, precursor de la antropometría. Y se trata a los hombres como a las plantas despreciando al mismo tiempo toda suerte de nominalismo ockhamista.

Es una cuestión, sin duda, de legitimación. Para que los ensayos de Simmel tuviesen valor científico, afirmando lo mismo tendrían que sostenerse con un aparato metodológico fundamentado en criterios más cuantitativos que cualitativos. Sabemos que si efectuamos centenares de entrevistas; si realizamos encuestas con muestras representativas nuestro trabajo obtendrá de inmediato reconocimiento académico y alabanzas por su rigor y minuciosidad.

No es éste un escrito contrario absolutamente a los estudios cuantitativos. El problema es que en el ámbito académico, únicamente en algunos sectores académicos únicamente tengan valor de conocimiento las investigaciones que se basen en innumerables tablas de indicadores. Lo demás no serían más que disquisiciones y juegos de palabras. Es una cuestión, a mi juicio, de presunción de los modos científicos imperantes y hegemónicos, donde cualquier otra forma de conocimiento es arrinconada.

La lógica del saber ensayístico no es, por tanto, ni inductiva ni deductiva. “Sus conceptos — aclara Adorno — ni se construyen a partir de algo primero ni se redondean en algo último”. Pensar la sociedad y también la comunicación exige el esfuerzo de realizar ese movimiento intelectual que prometía Charles Wright-Mills: un ejercicio de “imaginación sociológica” que se contrapone de raíz a las sistematizaciones tales como la Gran Teoría funcionalista de Talcott Parsons. A partir de un elemento en apariencia aislado, seguir la línea de asociaciones, interrelaciones e influjos mutuos hasta vincularlo con el contexto del que forma parte. Y este elemento primordial que genera un punto de vista sobre el mundo quizás se encuentre fortuitamente, mediante la *Serendipity* a la que Robert Merton atribuía un papel central en los descubrimientos científicos. Es decir, se trataría de trazar los mapas para entender mejor cómo es el mundo. Pero sin la pretensión de asimilar el MAPA al TERRITORIO, como en el cuento borgiano “Del rigor en la ciencia”.

El principio capital de la mirada ensayística reside en que se abstiene de cualquier tipo de reducción a una hipótesis general. Acentúa lo parcial, en efecto, frente a lo universal. Pero de ello no ha de inferirse que al lector no le sea dado extrapolar las enseñanzas del ensayo a otros fragmentos, a otros objetos incluso cotidianos, cercanos. Quien haya leído *La soledad de los moribundos* de Norbert Elias seguramente asimilará mejor la mediación cultural de la muerte confrontando el ensayo con sus propias experiencias. Son

fragmentos con alma, singulares pero al mismo tiempo antropológicos sin convertirse en norma, en patrón tiránico.

Así, por ejemplo, podemos comprender los ensayos de uno de los más prestigiosos e influyentes ensayistas leídos por los teóricos de la comunicación. Roland Barthes, que nunca escribió largos ensayos sino breves apuntes, conformó una imagen caleidoscópica del mundo de los signos. Y a partir de esos destellos de interpretación cultural, llegamos a reconsiderar el mundo de los fenómenos culturales como un sistema semiológico de primer o segundo orden. Sus *Mythologies* sin duda han aportado, desde su especie de botánica del asfalto — como le gustaba decir a Baudelaire al contemplar la vida parisense — un punto de vista sólido a la hora de entender cómo es el mundo visto desde un punto de vista privilegiado. Sólido y flexible al mismo tiempo.

VI

Al elegir el ensayo, el autor también hace propia una determinada concepción de verdad. Por una parte, en la ciencia normalizada intentan constatare regularidades, patrones que, al decir de Hans Gadamer en *Verdad y método*, son indiferentes a la aparición de decisiones libres, de excepciones a la regla. Instauran leyes en los fenómenos morales tal y como hacen lo propio en las leyes naturales. Articulan una concepción *quasi* determinista de los hechos propios del hombre y cuando abordan un caso individual, lo hacen para confirmar la legalidad existente. O cuanto menos, siguiendo las teorías del caos y la sustitución del determinismo por el azar, la investigación científica apunta a probabilidades estadísticas que igualmente crean el *type-moyen*, el hombre-medio reducidos como estamos a números y categorías de análisis.

Y en esto, aparece el ensayista dirigiendo su atención a lo particular sin encerrarlo en la prisión de la teoría. Por ello mismo denostado en tanto rechaza de plano efectuar ese movimiento moderno de abstracción y alejarse de lo singular hacia la generalidad. El perspectivismo nietzscheano se conjuga así con la multiplicidad del punto de vista, con la posibilidad de observar el objeto desde infinitas situaciones sin la pretensión última de haber llegado a una supuesta esencia. Inversión del platonismo que ya hallábamos en el *Cimitière marin* de Valéry: lo real no es lo inteligible, sino lo sensible. Y lo sensible es caótico e inaprehensible.

En *El hombre sin atributos*, Robert Musil desplegaba el ensayismo como un medio para construir la realidad sin que concurra la clausura en concepto,

esencia o centro alguno. Un hombre sin atributos, sin definición final — definir es limitar, acotar, clausurar — del mismo modo que los fenómenos comunicativos no soportarían su estabilización y delimitación. De hecho, en el ensayo renunciamos a la tentativa tiránica y positivista de encerrar lo real — que es inaprensible — en una serie de parámetros fijos, inamovibles, en la prisión de la teoría. El ensayo, frente a la novela, a la ciencia, es un juego constante de aproximaciones y alejamientos: un deambular a propósito de un objeto que se reconoce como múltiple. Así, en *Hombres y engranajes*, Ernesto Sábato acomete la crítica a una racionalismo y científicismo decadente desde los presupuestos formales del ensayismo. Opone la forma irregular del hombre a la mecánica “perfecta” de los engranajes filosóficos sistémicos:

Estas reflexiones no forman un cuerpo sistemático ni pretenden satisfacer las exigencias de la forma literaria: no soy un filósofo y Dios me libre de ser un literato; son la expresión irregular de un hombre de nuestro tiempo que se ha visto obligado a reflexionar sobre el caos que lo rodea. Y si las refutaciones de teorías y personas son muchas veces violentas y ásperas, téngase presente que esa violencia se ejerce por igual contra antiguas ilusiones mías, que sobreviven en letra muerta, en algún libro, a su muerte en mi propio espíritu; en ocasiones, a su añorada muerte. Porque también podemos añorar nuestras equivocaciones.

En cambio, la actitud científicista, positivista implica lo que Musil denomina “utopía de la vida exacta”. Lo que se desconoce genera ansiedad, incertidumbre. Y para suprimir de raíz las inseguridades que provoca el misterio del mundo, creamos órdenes artificiales. *Ordo ab chao*. De ahí el culto a los números, a las medidas que son “la expresión más elocuente de la desconianza reinante frente a toda cuestión incierta”. En el capítulo titulado “La maliciosa sonrisa de la ciencia o primer encuentro detenido con el mal”, leemos:

Se puede pasar, sin más, a tratar de la especial predilección que el pensamiento científico siente por las definiciones mecánicas, estadísticas, materiales, por las fórmulas desconectadas del corazón. Considerar a la bondad como una forma peculiar de egoísmo; relacionar las emociones con las secreciones internas; establecer que en el hombre, de diez partes, o cho o nueve son de agua; declarar que la célebre libertad moral del carácter

no es otra cosa que un fenómeno automático y accesorio del librecambio; pretender que la belleza dependa de la buena digestión y de una ordenada distribución del tejido adiposo; calcular estadísticamente las cifras de concepciones y de los suicidios para demostrar que actos, al parecer los más libres del hombre, se escapan a su albedrío; reparar en la afinidad entre la embriaguez y la enajenación mental; equiparar el ano a la boca, en cuanto que ambos órganos son extremidades -la rectal y la oral- de una misma cosa...: semejantes ocurrencias, que en cierto sentido desenredan el truco de la prestidigitación de las ilusiones humanas, crean siempre una especie de conjetura, favorable en orden a adquirir una acepción específicamente científica.

Más adelante, Musil añade que no hay duda de que se ama la verdad, pero acompañada de un gusto por la desilusión, el desencanto, la frialdad, la inexorabilidad, la coacción de la regularidad. Parece ser que conquistamos la realidad empírica pero perdemos, en cambio, el sueño representado aquí por la mirada ensayística. El hombre se diferencia de la bestia en que “es capaz, debido a sus propiedades intelectuales y morales, de obrar contra la ley y de cometer crímenes”. El sentido de la posibilidad, de desviarse respecto a las normas constatadas en la evidencia científica se refleja en la elección del ensayo, contrario a toda soberbia del rigor. En otro capítulo, “La tentativa más importante”, Musil nos habla de los daños ocasionados al alma por el razonamiento lógico y severo, que proclama al hombre a la vez señor del mundo y esclavo de la máquina: “Si se pudiera reemplazar opinión científica por concepto de la vida, hipótesis por tentativa, y verdad por hecho, la obra de un buen físico o matemático superaría en intrepidez y fuerza revolucionaria a las mayores proezas de la historia”.

VII

El ensayo es también el “género” de la aproximación irónica, el del humor inteligente y el sarcasmo. Y el del cinismo clásico y la *parresía* — el cinismo moderno explicado por Sloterdijk lo dejamos para el academicismo. En sus líneas, el autor puede jugar con el lector tal y como hacía Sócrates mediante la ironía retórica. Utiliza la mentira — loable y desgraciadamente estigmatizada, como advertía Oscar Wilde en su formidable *The Decay of lying* —, el doble sentido: escribe lo contrario de lo que piensa quizás para que el lector cuestione no solamente el punto de vista del autor, sino el suyo propio. Es

obvio que en los informes de investigación académica, de continuo se tantea al lector con informaciones falsas, conceptos que cambian de significado en cada sección. Sin la retórica de la ironía, que es cada vez más uno de los requisitos inexorables para la legitimidad científica, ninguna investigación que se precie podría alcanzar la tan ansiada visibilidad.

¿Qué decir del humor? Para Luigi Pirandello, el humor nace de la contradicción entre el mundo ideal, de lo que debería ser, y el reconocimiento de la realidad que se le opone por contraste. Si en el mundo académico solamente interesan — interés que sustituye a la pasión, según conocemos de Albert Hirschman en *The passions and the interests* — los fenómenos categorizados, idealizados, positivados, sin duda no serán las “sombras de los cuerpos” — que se deforman, extienden, encogen a cada momento — los objetos de observación. El humor centra sus pesquisas en esta sombra y la contrapone al cuerpo del que es reflejo. Y de esta distancia surge la risa. El ensayo, en razón de su propia dimensión tentativa, se concibe a sí mismo desde el humor, cosa impensable para la seriedad del escrito científico y académico.

DEMÓCRITO Y HERÁCLITO

JOHANN MOREELSE, 1630, MAURITSHUIS, LA HAYA.

En el ensayo arriba referido de Montaigne, del que tenemos una ilustración en Moreelse, leemos que entre las dos actitudes polarizadas ante las miserias del mundo, el desconsuelo plañidero de Heráclito y la risa incontinida y desvergonzada de Demócrito, es preferible esta última. El motivo no es otro que el desprecio que implica la risa, alejada de la compasión que se demuestra

con las lágrimas. Y quizás ésta es una de las libertades más sobresalientes del ensayo: el tomar lo que es con la distancia de la risa; presentar a los hombres como seres risibles, ridículos. Y en cierto modo ahí radica la fuerza crítica del ensayo. No hay más que recordar los ensayos cómicos de Swift, Wilde o el impertinente discurso sobre *¿Qué es el hombre?* De Mark Twain.

Por otra parte, si se nos prohíbe por la censura académica tratar un asunto de forma cómica, se está pervirtiendo una cualidad esencialmente humana. El hombre es el animal que sabe reír y sabe hacer reír. Decía Henri Bergson en su ensayo sobre la risa que no hay “comicidad fuera de lo propiamente humano. Un paisaje podría ser hermoso, armonioso, sublime, insignificante o feo, pero nunca será risible. Nos reiremos de un animal, pero porque habremos descubierto en él una actitud de hombre, o una expresión humana”.

Además, la risa, antagónica a la emoción y a la identificación total con lo que se estudia, procura un efecto que Bertolt Brecht llamaría *Verfremdung*. Nos distanciamos de aquello que nos provoca risa. Nos volvemos insensibles, indiferentes porque al reír no simpatizamos con lo ridiculizado. ¿No era esto el ideal de la observación científica? ¿Lo opuesto a la identificación aristotélica? ¿Un remedio contra la alienación mental? ¿Por qué no incluir en los manuales de metodología la risa como cualidad fundamental del investigador?

VIII

Llego a este punto habiendo decidido que sea el último. No porque no haya más que decir sobre el asunto que he tratado, sino porque así se me antoja en consonancia con el carácter tentativo e incompleto de todo ensayo. No habrá sección de conclusiones y tampoco referencias pormenorizadas según la APA. Dejo al lector la curiosidad de buscar los ensayos mencionados y explorarlos a solaz. Entre mis apuntes de lecturas, encuentro unas anotaciones sobre los *Saggi sulla politica e sulla società* de Pier Paolo Pasolini. En ellos, el autor insiste en que el problema de la educación radica en que se ha perdido el sentido de la CURIOSIDAD. De la escuela, nos cuenta que es la “palestra dove il ragazzo è costretto a una ginnastica”. Se trata del mismo espíritu automático y mecánico que hace de la investigación un deporte veloz en el que no se han de modificar los aparatos metodológicos fundamentales. Sencillamente, se sigue la lógica imperante, los recorridos y las casillas a rellenar, los esquemas de conocimiento que describen ese viaje turístico a través de la introducción, el marco teórico y el análisis aplicado. Sin pensar. Sin decir no. Imitando lo que se cree superior en el deseo de diluirse en la corriente dominante, como

diría Tarde en su gran ensayo sobre *Les lois de l'imitation*. “La curiosità é l'unico istinto di cui l'educatore può debitamente usufruire”, más que nada, porque lo que busca e interroga no se halla en su propio mundo, en el de las ideas y teorías, sino EN EL MUNDO.

Contra los “racionalistas amaestrados”, tal y como lo expresaba Paul Feyerabend en su *Tratado contra el método*, urge escindirse de esas reglas “obvias”, rechazar esos criterios universalistas y las costumbres rígidas. A veces, la disciplina científica simplifica la propia ciencia y a sus objetos de estudio reduciéndolos a funciones en una teoría que no refiere el mundo, sino que LO INVENTA. E incluso jibariza a los investigadores convirtiéndolos en actores pasivos y uniformados de un rígido engranaje metodológico. ¿Por qué no recuperar esa mirada dadaísta, esa epistemología oportunista y errante que se plasma en el ensayo? Para Feyerabend, “un medio complejo que abarca desarrollos sorprendentes e imprevisibles exige procedimientos complejos y desafía el análisis basado en reglas establecidas de antemano y que no tienen en cuenta las condiciones, siempre cambiantes de la historia”.

Es posible que sólo a través de este conocimiento ensayístico, el saber se entienda a sí mismo como construcción, como ENGAÑO al fin y al cabo, y se haga cierta la divisa de Johann Fichte en *El destino del hombre*: “Nunca más tendrás miedo de verte subyugado por cosas que son tus propias fabricaciones”.